

El héroe nietzscheano, suerte de Contracristo, encargado, como él de redimir al hombre (de la cultura y no del pecado) para devolverlo al estado de inocencia natural, dista mucho de ser el arrogante y bestial conquistador rubio del mundo. Tiene cierta desesperada y tonta grandeza, a partir de su guirnalda de rosas, sus piernas de bailarín, sus alas, su cara borrosa, sus gritos de «Endurécete» y su cabeza que trata de vaciarse de ideas y «pensar» como un animal anterior a la caída.¹⁵ Eros y Tanatos a la vez, el hombre encuentra la salud como camino en la conciencia de la enfermedad. Es una fórmula que Nietzsche permite intuir, aunque su diseño corresponda a Freud, uno de sus seguidores.

Freud: erótico y tanático a la vez

La esencia del animal humano es la neurosis y la esencia de la neurosis es un conflicto mental. Hay que buscar el origen de la neurosis humana en una ambivalencia instintiva, en un conflicto entre las fuerzas inherentes a toda vida orgánica.¹⁶

El hombre se distingue de los otros animales por el privilegio que posee: ser enfermo; existe, por lo tanto, un vínculo esencial entre la enfermedad mental y la civilización... la neurosis es el privilegio del animal únicamente social.¹⁷

El punto de partida de Freud es nietzscheano: estudiar al hombre como animal enfermo y fijar la etiología de la enfermedad. El seguidor traduce al antecesor: para vivir en sociedad y construir la cultura, el principio del placer debe ser recortado por el principio de realidad y, en la última formulación de la teoría de los instintos (en *El malestar en la cultura* y, en cierto modo, en *El futuro de una ilusión*), la cultura se identifica con la represión institucionalizada, tanto del sentido erótico del impulso como de su sentido tanático.

El psicoanálisis que, en sus orígenes, pudo ser visto como un método terapéutico, se amplía a partir de la teoría de los sueños hasta convertirse en un método hermenéutico de todo el *factum* humano, o sea de la historia. Si el sueño es un síntoma neurótico y todos soñamos, todos estamos neurotizados y la frontera entre lo normal y lo patológico, en el espacio de los hechos, se borra. Subsiste en el mundo de los conceptos y puede tomar cuerpo en estados de aguda vigilia. En el resto de los momentos de la vida psíquica, vuelve la indiferenciación. Los síntomas neuróticos se convierten en hábito que no impide trabajar y la sociedad sanciona esta neurosis inocua como salud mental. De pronto, ocurre un *insight* y se toma conciencia de lo que, conceptualmente (aunque no operativamente) es enfermizo y pertenece al mundo insensibilizado de la cotidianidad. Este mundo se vuelve prontamente extraño: está poblado de enfermos y la mirada que lo considera es «sana». Todo acaba al comprenderse que todos vivimos en este mundo ajeno, que es nuestro mundo y, por lo mismo, propio (Brown, 13 y 18).

Cuando el psicoanálisis deja de ser una mera terapia y deviene un método de estudio antropológico, es inevitable que se roce con una teoría de la historia. Algo similar le

¹⁵ Idem, p. 27.

¹⁶ Norman O. Brown, *Life against Death. Cito por la traducción francesa de Renée Villoteau revisada por Roger Lewinter, Eros et Thanatos, Denoël, París, 1972; p. 109.*

¹⁷ Idem, p. 110.

ocurre a Laín cuando inserta su historia médica en el sistema de la cultura, o cuando Nietzsche pretende, desbrozando mitos, narrar el mito de los mitos: el Mito del Origen (de la moral, aunque se concluye en el orbe del poder: en lo político).

El hombre tiene historia porque quiere devenir lo que no es, porque se mueve hacia su oposición, porque es dialéctico. Este deseo de modificarse modificando el mundo en que vive es, normalmente, inconsciente, y tiene que ver con ciertas intuiciones de los historiadores románticos, desde la oscuridad del destino hasta la astucia de la historia en Hegel. Freud, de algún modo, traduce a Hegel: lo que mueve la historia no es su propia astucia sino la astucia del deseo, que es, también, deseo de modificación histórica. El hombre tiene historia porque, entre otras cosas, es un animal deseante (de lo que no tiene, a diferencia del animal, que desea lo positivamente deseable en la opacidad de los objetos biológicos).

Lo paradójico del hombre es que institucionaliza la organización antifísica que llamamos sociedad por medio del rechazo de ciertos impulsos. Luego, se enferma por la insatisfacción de ciertos impulsos. Luego, trata de curarse de esta enfermedad y, por fin, trata de adecuar la estructura social enfermante a un ideal de salud, o viceversa. Impulsado al placer y sometido a una ética de ascetismo (moral del trabajo, sumisión del pensamiento a la razón, tabúes sexuales) toma conciencia, a través de esta misma moral, de su infelicidad instintiva y de las consecuencias morbosas que ésta acarrea.

El otro lado paradójico de la condición humana es, a este mismo nivel de análisis, que toda la construcción represiva de la cultura social surge en ella como «por naturaleza». Naturalmente, el hombre es social, o sea, represivo, de modo que no puede apelarse, como hace Nietzsche, al paraíso perdido de la naturaleza instintiva en libertad. Entre los hombres nunca hubo Ley de la Selva y sí, en cambio, siempre, Ley de la Ciudad. Es una suerte de doloroso privilegio: distinguir y separar los contrarios, sufrir y beneficiarse de su juego dialéctico: alzarse contra la naturaleza de los entes *naturales*: enfermarse.

Frecuentemente, se pone la infancia como ejemplo de la Arcadia perdida de los instintos, y se muestra al adulto como un niño desarrollado por medio de la *adulteración*. En términos psicoanalíticos: el niño goza de libertad instintiva, es un perverso polimorfo, o sea que su deseo puede recorrer los caminos que luego la moral le bloqueará diciendo que son desvíos (aberraciones). Pero, por el contrario, la infancia es la época en que la socialización del instinto es más rigurosa y en que lo plástico del mismo se somete más fácilmente al principio de realidad. Los dos años de la primera infancia exceden lo que puede aprenderse en la universidad del adulto.

Lo que en la naturaleza está unido o indiferenciado, en la historia está separado y enfrentado. Sigue la paradoja. Así como la vida se dirige a su opuesto, la muerte, el hombre dirige su naturaleza hacia lo contrario, o sea hacia la historia, o sea hacia la neurosis y, luego, establece teorías de la enfermedad y terapias para curarse la neurosis que se ha inflingido como privilegio de la humanidad y volver al estado de naturaleza, o sea la «salud». El desafío está en que pretende hacerlo desde el corazón de la historia, es decir de la enfermedad. No acepta la muerte, como la aceptan los seres vivos *naturales*, y abre el espacio de la angustia, que nace en la dicotomía antifísica entre la vida y la muerte, que en la naturaleza aparecen soldadas y confundidas.

En la última fórmula freudiana sobre el instinto, éste se muestra como unitario, con una dirección tanática (volver a lo inorgánico) y otra erótica (reproducir la vida). Hasta ahora, la solución social ha sido someter el principio de placer al de realidad, Eros a Tanatos, por medio de la institución social de la sublimación: descorporizar el deseo, convertirlo en símbolo y organizar este doble de la realidad en un sistema llamado Vida del Espíritu o de la Cultura. Esta alcanza, así, cierto carácter letal, funerario, toda Polis se corona con la construcción de la Necrópolis. La sublimación impide escapar a la neurosis y, por el contrario, la agrava (Brown, 377). Los mitos miden la distancia de las satisfacciones perdidas: el paraíso infantil (*le vert paradis des amours enfantines* a que alude Baudelaire), el andrógino o la totalidad sin escisión, Orfeo o la pederastia, Edipo o el incesto, Narciso o el onanismo, etc.

En un juego de aporías no hay solución. Si el hombre es naturalmente histórico, es un enfermo incurable. Si se ansía la salud, hay que deshumanizarlo, devolviéndolo al estado de naturaleza, o no salir de la «salud», renunciando a la vida histórica, como proponen ciertas prácticas místicas. De otra forma, como escribió Novalis anunciando, en cierto modo, a Freud, el impulso es una química de la desoxidación y la vida es una oxidación compulsiva.

En un juego dialéctico, la solución puede plantearse. El hombre deseable no es ni naturaleza ni historia, en cuanto la historia es mero sometimiento del impulso a la realidad. Es un tercer reino, la caída del velo místico, «que permite conocer la vida a través de la enfermedad»,¹⁸ que es conciencia negativa del malestar así como, dialécticamente, la libertad es conciencia negativa de la opresión.

Tal vez así se entienda la necesidad de la enfermedad en la economía de lo existente, lo cual equivale a decir que pueda entenderse la necesidad de la historia. Nada puede conocerse sin vivirse, sin hacerse y deshacerse. El hombre sano es un desiderátum histórico del hombre enfermo: del hombre.

Blas Matamoro

¹⁸ Thomas Mann, Die Stellung Freuds in der modernen Geistesgeschichte, en Schriften und Reden zur Literatur, Kunst und Philosophie, Fischer, Frankfurt, 1968, tomo I, p. 384.